

La obra de Marx como posibilidad de autoconocimiento como sujeto político

por

Juan Iñigo Carrera (JI), Ivonne Flores (IF) y Erika Cortés (EC)

(Versión original)

“Los docentes somos sujetos políticos, porque los estudiantes son el sujeto de su propio proceso de formación. Nadie le puede producir la conciencia a otro, porque la conciencia está en la subjetividad del otro; pero es claro que la conciencia es producto del trabajo social”

EC: Voy a dar un contexto desde la óptica estudiantil. Consideramos que a la teoría de Marx no se le ha dado el peso que debería dentro de la carga académica de diversos planes de estudio; es decir, se ha dejado de lado. Hasta podríamos llegar a considerar que la postura marxista ya no se estudia en muchos lugares y se ha ido desvaneciendo con el tiempo en otros. La razón para ello, en lo que toca a los planes de estudio de economía, es el predominio del enfoque ortodoxo o neoclásico. Eso nos lleva a preguntarnos: ¿a nosotros como estudiantes qué nos enseña Marx? ¿Por qué sería importante estudiarlo hoy? Es decir, al ver una variedad de propuestas en la literatura económica ¿por qué como estudiantes deberíamos leer a Marx?, ¿qué cualidad podemos encontrar dentro de su obra?

JJ: Yo empezaría cambiando la pregunta a ¿por qué no se le estudia más?, ¿qué es lo que uno podría encontrar en este autor? A esto se asocian otras cuestiones: ¿para qué existe la universidad? ¿Qué es lo que produce la universidad, en particular respecto a las ciencias sociales y, más específicamente, a la economía? Yo lo planteo en los siguientes términos: no es un problema de pluralidad, no es que uno necesite ver distintas cosas porque se requiere tener una visión plural para después elegir entre las opciones. En realidad, uno necesita conocerse a sí mismo, conocer sus propias determinaciones que lo hacen actuar como un sujeto social. Como economista, el ámbito de trabajo por excelencia es el Estado, y el ámbito del Estado es el ámbito de las relaciones políticas, entonces, aun en su actividad laboral misma, uno va actuar como un sujeto político. Pero el problema es que se está formando estudiantes para que sean un sujeto político que no se conoce a sí mismo en la unidad de sus determinaciones, que se detiene en la apariencia de ser un individuo abstractamente libre. En tanto esta formación subyace en la razón de ser de la universidad,

poco lugar hay para formar estudiantes que se reconozcan en la unidad de su condición de sujetos políticos.

La primera cuestión que aparece con esto es que, así como los docentes actuamos como sujetos políticos, los estudiantes son el sujeto de su propio proceso de formación. La conciencia es la forma en que cada uno porta en su persona la capacidad para regir su acción individual como órgano del proceso de vida social; entonces nadie le puede producir la conciencia a otra persona, porque la conciencia es propia de la subjetividad individual. Pero también es claro que la conciencia individual es producto del trabajo social, y el trabajo del docente es operar en el proceso en que los estudiantes producen su propia conciencia.

Entonces, los estudiantes de economía se producen a sí mismos como sujetos políticos, y los docentes actuamos en ese proceso como sujetos políticos. Luego, el problema de estudiar las distintas corrientes no es abstractamente de pluralidad, sino es el problema de conocerse a uno mismo como sujeto político. A la pregunta ¿por qué me enseñan esto y no me enseñan esto otro?, se asocia el cuestionamiento ¿qué soy yo como sujeto en tanto me imponen como condición para mi formación el estudiar economía neoclásica y no me permiten estudiar algo que me haga preguntarme por mi condición de sujeto político? Entonces, la necesidad para un estudiante, y en particular para un estudiante de ciencias sociales, de estudiar a Marx es, en general, la de enfrentarse con su propia subjetividad política. Lo cual no implica interpretar a Marx de una u otra manera, ni implica repetir lo que dice Marx. Implica apropiarme de su perspectiva para contestarme sobre mi condición de sujeto político.

EC: ¿Consideras que lo que está imperando en la formación universitaria, entonces, es una construcción de una conciencia política de los individuos?

JJ: ¡Sí! Lo que se forma en la universidad son sujetos políticos con una determinada conciencia.

EC: ¿Entonces estaría faltando esa parte crítica de los estudiantes y también de los profesores que están a cargo?

JJ: Actualmente la función de la universidad es producir fuerza de trabajo para el capital, una fuerza de trabajo que no se reconozca en su propio ser social. En particular, los economistas en su trabajo concreto, salvo que se incorporen al ámbito académico, se

olvidan de la economía neoclásica y no la usan para nada. Nadie hace una función de producción. En la práctica, quienes registran las cuentas nacionales, por ejemplo, se dan de patadas con la economía neoclásica. Así, lo que se produce son individuos acrílicos imposibilitados de preguntarse qué son como sujetos más allá de las apariencias inmediatas; y ello tiene efectos personalmente muy destructivos, incluso sobre sí mismos y sobre otros individuos.

EC: ¿Hace falta una reconfiguración de la universidad para que se pueda motivar la crítica entre los estudiantes?

JJ: El problema es si la acumulación del capital en el ámbito nacional requiere o no ese tipo de formación. Ahora bien, como sujeto político, como miembro de la clase obrera, uno tiene una acción política concreta para realizar al interior de la universidad. Lo voy a poner en los siguientes términos: puede que no se lo vea así, pero se está en el terreno del enemigo. Entonces no se puede esperar que la universidad se convierta en un ámbito neutral. Ustedes están luchando por tener una materia sobre Marx, mientras es probable que tengan como treinta de economía neoclásica. Entonces, ni siquiera pueden tener una formación, llamémosla “integral”, con este tipo de enseñanza. La universidad hoy, en todo el mundo, en América Latina, tiene una razón de existir y ésta no es producir la conciencia crítica de la clase obrera. Entonces uno siempre está peleando en el terreno del enemigo, y ya se sabe que, cuando uno pelea en el terreno del enemigo, sufre las consecuencias.

EC: ¿Qué nos queda entonces ahora como estudiantes?

JJ: Cuanto más débil es uno, más necesita luchar. Si ustedes logran una materia cuyo eje sean los desarrollos de Marx, obtendrán una conquista significativa. Nosotros tuvimos una experiencia en la Facultad de Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires (UBA). El plan formal de la carrera de economía era totalmente neoclásico, ante lo cual se desarrolló un proyecto de hacer casi una carrera paralela. Llegó un momento en que las autoridades se dieron cuenta de que estábamos avanzando en tal proyecto y empezaron a poner barreras cada vez más grandes. La estructura de la carrera en la UBA tiene cuatro o cinco años de duración, con un fuerte grado de formación especializada desde el comienzo. Completado el grado se podía hacer el doctorado directamente. Empezaron a cambiar esto: originalmente, para entrar al doctorado bastaba con presentar un trabajo de investigación, al cual reemplazaron por un examen de matemáticas. Pero un

examen de matemáticas es economía neoclásica; no es sumar o dividir, sino son ecuaciones diferenciales. Estudiantes de izquierda, en particular vinculados con algunas líneas del marxismo, empezaron a hacer el doctorado, y llegaron a constituir la mayoría entre sus cursantes. La respuesta fue imponer para el ingreso, además del examen de matemáticas, uno de microeconomía, uno de macroeconomía y uno de desarrollo económico, obviamente neoclásicos. Como no les resultó suficiente para eliminar el aflujo de los estudiantes en cuestión, impusieron como condición de admisión al doctorado el contar con maestría en economía, de tres años de duración y contenido absolutamente neoclásico. En síntesis, en un determinado momento nosotros tuvimos la fuerza para avanzar dentro del terreno enemigo, y ahora éste ha reaccionado sofocando el movimiento. Pero bueno, cuanto más débil es uno más necesita pelear, y me parece que, lo que ustedes se plantean, es una pelea que tiene un importante sentido político.

IF: Ahora bien, en este contexto, tenemos dos interrogantes: Primera, ¿dadas las diferencias entre el capitalismo contemporáneo y el que fue objeto de reflexión de Marx, hay categorías propias del marxismo que han perdido relevancia o vigencia? Segunda, concentrándonos geográficamente en América Latina, donde hoy se discuten propuestas concretas de organización política, social y económica para hacer frente a la relación capitalista, ¿una visión que se funde en el trabajo de Marx, podría ser de utilidad para entender las diferentes formas de organización que coexisten en esta región, por ejemplo, el buen vivir, los movimientos campesinos e indígenas que luchan por la defensa de su territorio, entre otros?

JJ: Empiezo por la primera pregunta. No es que el conocimiento sirva para organizar la acción, el conocimiento es la acción en el proceso de organizarse a sí misma. Y la acción que está en juego no es la de unos abstractos sujetos sociales, es nuestra propia acción como sujetos sociales concretos. Entonces, la cuestión es: ¿qué somos como tales sujetos sociales? El proceso de avance para responder a esto no pasa por interpretar lo que dijo Marx. El proceso de avance consiste en que nos preguntemos por nuestra propia relación social, por nuestra propia subjetividad y nos empeemos a contestar sobre eso. Si no lo hacemos, ni siquiera llegaríamos al punto de partida de Marx, nos quedaríamos mucho antes. Debemos reconocer, al mismo tiempo, que tenemos una potencia que pongo en los siguientes términos: tenemos una ventaja respecto a Marx, pues a partir de su obra, cuando nos preguntamos por nuestra propia relación social podemos avanzar en lo que llamo un “proceso de reconocimiento desde el punto de vista social”, esto es, estamos

volviendo a conocer algo cuyo conocimiento ya existía como producto de un trabajo social anterior.

EC: ¿Debemos reconocer, entonces, nuestra realidad a partir de la obra de Marx?

JJ: Exactamente. Más que reconocer la obra de Marx, la cuestión es usarla como herramienta para nuestro avance. Si uno arranca preguntándose por su relación social general y pretende contestarse mediante un proceso de conocimiento original abstractamente individual, puede pasarse la vida dando vueltas en torno de la multiplicidad de formas concretas que enfrenta, sin poder avanzar.

Me preguntan por la vigencia de las categorías. Pues bien, si cuando empiezo a mirar el movimiento real de la mercancía encuentro que lo que tengo enfrente corresponde con lo que plantea Marx, puedo seguir avanzando sobre base firme. Si cuando estoy avanzando en ese proceso encuentro algo que no se corresponde con lo expuesto por Marx, enfrente dos opciones: una, es decir que voy a seguir el camino de Marx aunque yo no lo encuentre; esto me parece un grave error, porque nuestra propia acción tiene que contestarse sobre nuestras propias determinaciones. La otra opción es preguntarnos, con mucho más detenimiento, por qué estamos encontrando en la realidad una forma que es distinta a la que encontraba Marx. Esto lo sintetizo de la siguiente manera: lo que encontraba Marx, era el problema de Marx, lo que nosotros encontramos, este es nuestro problema. ¿Entonces qué hacer cuando Marx afirma algo que no reconocemos en nuestro objeto real? Bueno, Marx sabía las razones por las cuales afirmaba lo que afirmaba, pero ya no nos es posible preguntárselo. Y, ni mucho menos, cabe en nuestro proceso de conocimiento interpretar sus razones a nuestro antojo. Por el contrario, la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento, como Marx definió al método dialéctico, somete necesariamente a crítica al conocimiento anteriormente producido por ella misma, y por lo tanto al producido por Marx, al demandarle que dé nuevamente cuenta de la razón del concreto real que nos enfrentamos.

Pongo un ejemplo. Hoy es frecuente oír que debe partirse de la existencia de nuevos sujetos sociales; yo me pregunto por las determinaciones de estos sujetos sociales y llego a la mercancía, llego al capital, y lo que encuentro es que la determinación específica más simple de mi subjetividad política es la de ser miembro de la clase obrera. Y no llego a esta conclusión porque Marx me lo diga en sus textos, sino porque me

reconozco como tal en mis determinaciones reales, armado con el método propuesto por Marx.

Entonces, nosotros tenemos dos ventajas respecto de Marx. La primera, a la cual me referí antes, es que contamos con el producto de su proceso de conocimiento original como herramienta para que nuestro proceso de conocimiento individualmente original tenga la potencia propia de ser un proceso de reconocimiento desde el punto de vista social. La segunda, es que nos enfrentamos a nuestra misma relación social desarrollada durante 150 años más de cómo se la enfrentaba Marx. Aquello a lo que Marx podía enfrentarse como algo apenas insinuando, nosotros lo tenemos delante con un desarrollo enorme. Así, consecuentemente, no podemos decir “nos quedamos aquí porque era lo que decía Marx”. Por el contrario, necesitamos desarrollar lo que acabo de referir como *un proceso de conocimiento original desde el punto de vista social*.

Voy a hacer hincapié en esto. Cuando Marx enfrentó el desarrollo del sistema de la maquinaria como forma más potente de la producción de plusvalía relativa, puso en evidencia que en su base está el desarrollo del conocimiento científico y tecnológico. Pero no pudo reconocer a la clase obrera como el sujeto clave de este desarrollo. Es posible que esta imposibilidad se relacionara con la muy limitada presencia de obreros formados con conciencia científica como principal atributo productivo, en vida de Marx. En contraste, si hoy nos miramos a nosotros mismos aquí reunidos ¿qué duda cabe de que somos obreros quienes desarrollamos la ciencia? ¿qué duda podemos tener de que la conciencia científica es el principal atributo productivo que el capital demanda de nuestra fuerza de trabajo? Claro está que se trata de determinados obreros con determinadas condiciones, y con sus atributos productivos tan enajenados en el capital como los de cualquier otro. Pero digo, no nos cabe pensar, por ejemplo, que la conciencia científica crítica y revolucionaria deba ser llevada a la clase obrera desde fuera, porque ella no sería capaz de producirla por sí misma. Por cierto, no es Marx, sino autores posteriores, quienes hacen este planteo, pero él mismo no llega a definir a la clase obrera como el sujeto concreto del desarrollo de la ciencia.

Ahora bien, si los productores y portadores de la conciencia científica somos miembros de la clase obrera, el problema que tenemos que enfrentar es por qué domina entre los científicos, aun entre los que estudian la relación social general actual y tienen enfoques críticos frente a ella, la concepción de que no pertenecen a la clase obrera. La superación de esta apariencia requiere enfrentarnos a la transformación en la materialidad

del trabajo de la cual nosotros mismos somos portadores. Los obreros actuales somos portadores de determinaciones muchísimo más complejas que las que podía enfrentar Marx. Por eso, necesitamos avanzar en un proceso de conocimiento original desde el punto de vista social porque nos estamos enfrentado por primera vez a esas determinaciones. Si en ese proceso encontramos que hay formas concretas que ya no se corresponden con lo que se planteaba Marx es necesario seguir adelante avanzado sobre esas formas concretas.

Miremos esta cuestión metodológica en relación con el conocimiento sobre América Latina, y lo planteo en torno a una problemática concreta que me ha alcanzado de manera directamente personal. A fines de los sesenta y principios de los setenta del siglo XX, en Argentina surgió toda una discusión acerca de la vigencia de *El Capital* como instrumento para dar cuenta del proceso social que se estaba viviendo. Se afirmaba que se trata de un texto escrito para la Inglaterra del siglo XIX y que eso no existía más. Y, efectivamente, cuando uno miraba las formas tomadas por la acumulación de capital en la Argentina, era visible que contrastaban con las expuestas por Marx. A título anecdótico, hasta había quien decía que el problema era que Marx no reconocía al “ser nacional peronista” de la clase obrera argentina, lo que lo hacía inservible. Frente a esa situación parece haber dos alternativas: la primera es decir algo así como “bueno, esto no tiene nada que ver con lo que yo tengo como objeto de estudio, así que tiro la obra a la basura y empiezo de nuevo”. La segunda es decir “bueno, no importa, yo tengo que contestar sobre esta cuestión concreta ateniéndome exclusivamente a lo que dice *El Capital*”. Desde mi punto de vista, ambas alternativas están erradas. La respuesta ante tal situación es que yo tengo que mirar esta forma concreta, que no se corresponde al desarrollo general y preguntarme: ¿qué especificidad determina a esta forma concreta? ¿Por qué la forma concreta específica se presenta como la negación misma de la determinación genérica? El camino para ello parte de reconocer la necesidad de la determinación genérica, para reproducir mediante el pensamiento su despliegue hasta descubrir la razón de su realización bajo una forma concreta que aparentemente la contradice. Y este camino comienza como uno de reconocimiento desde el punto de vista social mientras recorre el despliegue de las formas concretas alcanzadas en *El Capital*, para pasar a ser uno de conocimiento original respecto de la obra de Marx en cuanto necesita avanzar sobre formas más concretas que las allí presentadas.

Doy dos ejemplos. Primero, Marx parte del valor de las mercancías hasta avanzar en su desarrollo hasta poner en evidencia cómo se establece la unidad entre la producción y el consumo social en el modo de producción capitalista mediante la formación de la tasa general de ganancia, a través de la igualación de las diferentes tasas correspondientes a las condiciones específicas imperantes en cada esfera de la producción. Sin embargo, es obvio que la tasa de ganancia de un pequeño capitalista que apenas logra mantenerse en actividad y la de una terminal automotriz internacional, por caso, están lejos de ser iguales. ¿Qué hacer? Una alternativa es resolver sin más que la igualación de las tasas de ganancia ya no tiene validez y que ahora el valor de las mercancías no tiene determinación objetiva sino una determinación subjetiva, como afirma la teoría del capital monopolista. La otra es preguntarse por la necesidad que hace que la formación de la tasa general de ganancia tome forma concreta en la diferencia en las capacidades de acumulación de capitales que se diferencian por su magnitud respecto de la productividad del trabajo requerida para participar en la determinación del valor de las mercancías.

El segundo ejemplo se refiere al descubrimiento expuesto por Marx respecto de cómo la producción de plusvalía relativa impone a los capitales individuales la necesidad de desarrollar continuamente la productividad del trabajo de sus obreros, so pena de ser barridos por la competencia. Sin embargo, con referencia a América Latina, la productividad del trabajo que ponen en acción los mayores capitales del sector industrial de Argentina y Brasil es sustancialmente inferior a la que rige la competencia por las mismas mercancías en el mercado mundial. Más aún, resulta notable que se trata de filiales de los mismos capitales individuales que compiten en el mercado mundial desde otros países, pero que aquí utilizan escalas de producción y tecnologías obsoletas insuficientes para sostener esa competencia, y que sin embargo se valorizan a tasas de ganancia hasta superiores a las que obtienen en esos otros países. Entonces la cuestión es partir de la unidad mundial del modo de producción capitalista para descubrir la especificidad de estos procesos nacionales de acumulación que hace que en ellos los capitales individuales en cuestión actúen liberados de la necesidad general de avanzar en el desarrollo de las fuerzas productivas. Nuevamente, tiene absoluta vigencia el trabajo de Marx.

IF: ¿Consideras que debería tener lugar una relectura de su obra a la par de una adaptación de la misma a nuestro contexto?

JJ: Yo volvería a esto: ¿por qué lo voy a leer? Lo voy a leer porque tengo un problema, y mi problema es que me quiero contestar quién soy. Lo voy a hacer en esos términos porque me quiero contestar quién soy como sujeto político, por qué soy esto. Me enfrento a lo que me enseñan en la universidad y encuentro que es a algo que no me satisface. La generalidad de los estudiantes, la gente “normal” no tiene ese problema, es ajeno a su conciencia, mientras que ustedes se encuentran que sí tienen ese problema.

EC: ¿Por qué surgió nuestra conciencia?

JJ: Yo lo voy a poner más cruelmente: porque ustedes son unos “anormales”. La gente “normal” está satisfecha con lo que se le enseña. ¿Por qué ustedes no pueden estar satisfechos con eso? Uno puede decir: “es que soy un individuo tan brillante que no voy a aceptar nada acríticamente”, y mostrar así que su “anormalidad” lo lleva a un camino estéril. O uno se puede preguntar: ¿en tanto soy un sujeto social, portador de una determinación social por qué se me demanda complicarme la vida en lugar de ser un individuo que fluye con su formación universitaria?, ¿me voy a cargar de conflictos?, ¿quiero estudiar más de lo que me exigen para después ser un vendedor de fuerza de trabajo? La conciencia no brota abstractamente en cada uno de ustedes, brota de la unidad de la organización del proceso de vida social. Hay una necesidad social de que existan individuos como ustedes.

EC: A partir de lo anterior, ¿qué nos puede ofrecer el marco analítico de Marx ante las crisis económica, financiera, cultural y social que se presentan en la actualidad?

JJ: Bueno, en tu pregunta aparece crisis economía, por un lado, y crisis social, por otro lado. Yo uso siempre el ejemplo de la Universidad de Buenos Aires: lo primero que le dice la universidad a un estudiante al que le preocupa estudiar y entender cómo es la relación social y cómo se organiza la vida social en su sociedad, es que se debe separar a las relaciones económicas de las relaciones sociales: en un edificio está la Facultad de “ciencias económicas” y en otro distinto la de “ciencias sociales”. Con lo cual lo que se le está diciendo al estudiante de economía, en particular, es que las relaciones económicas no son relaciones sociales; entonces, si querés estudiar relaciones sociales tenés que ir a otro edificio de la universidad. De igual manera, a la persona que está queriendo estudiar sociología o ciencias políticas se le indica que, si quiere estudiar relaciones económicas, su lugar está en otro edificio.

¿Entonces, qué son las relaciones económicas? Yo planteo una aproximación a esto de la siguiente forma: uno puedo decir que hay tres reinos; está el reino de lo natural, está el reino de lo social y está el reino de lo divino. Hay un economista neoclásico, Ferguson, que se hizo famoso y su manual de microeconomía fue muy utilizado en el mundo durante un montón de años. Yo tuve que estudiar con ese manual. En el momento en que el autor se enfrentó con los ricardianos, agregó a su libro un prólogo en el que indicaba más o menos textualmente: “mientras esta obra estaba en imprenta hubo una serie de críticas a la teoría de la función de producción que parecen ser ciertas y que invalidarían gran parte de lo que dice este texto”, pero a continuación agregó que hasta que los economistas no probaran si esto era cierto o no, si era relevante o no, “creer o no creer en la teoría de la función producción es una cuestión de fe”, y dio por cerrada la cuestión afirmando “yo tengo fe”. A partir de esto, podríamos decir que la economía neoclásica pertenece al reino de la divinidad. Pero, dejando de lado este grotesco, cuando se nos dice que las relaciones económicas no pertenecen al reino de lo social, entonces lo que se nos está diciendo es que pertenecen al reino de lo natural. Y, efectivamente, esto es lo que nos pretenden imponer la economía política clásica, cuando afirma que el trabajo humano produce objetos cambiables por naturaleza, y la economía neoclásica, cuando afirma que los bienes útiles y escasos son cambiables por naturaleza.

EC: ¿Una crisis es un proceso natural?

JJ: Vamos a ponerlo así: la vida humana es un proceso natural que tiene la forma más compleja de todos los procesos naturales porque, de hecho, es capaz de enfrentarse al resto de la naturaleza como un medio para sí. Es, entonces, un proceso natural que desarrolla su organización bajo la forma específica de un proceso social. La crisis no es un problema de la naturaleza. Otras formas históricas de sociedad podían entrar en crisis por circunstancias naturales, pero las crisis capitalistas son un movimiento normal de la forma en que se organiza la vida de la sociedad. El modo de producción capitalista sin crisis no existe.

EC: Ahora que mencionas otras formas de sociedad, es inevitable preguntarte si crees que tiene sentido hablar una vez más de la construcción de una sociedad diferente y traer a la discusión conceptos como el socialismo. Aunado a ello, ¿quiénes crees que podrían ser los actores sociales que promuevan una transformación en las relaciones sociales capitalistas?

JJ: Desde mi punto de vista, hablar de la la construcción de una sociedad diferente se convierte en una abstracción si no se parte del desarrollo de la determinación de su sujeto histórico. ¿Cómo construir una sociedad diferente? El problema no es el concepto del socialismo, sino, como ya hablamos, la determinación del ser genérico humano como sujeto histórico, portador de determinaciones concretas en su condición de sujeto histórico.

La pregunta podría insinuar que la cuestión está pasada de moda. En mi opinión, preguntar si algo está pasado de moda o no, es vaciarlo de sentido, es hacerlo parecer como si se tratara de algo que existe en la cabeza, en la fantasía de los individuos. Entonces se habla de cosas que son modernas o son pasadas de moda y el problema no pasa por ahí; el problema pasa por reconocerse en la condición de sujeto histórico. Ustedes plantean que las movilizaciones sociales no serían homogéneas, ya que incluyen grupos sociales muy variados: estudiantes, amas de casa, campesinos, trabajadores y muchos más. Mi punto de vista, al respecto, es que uno tiene que contestarse por la condición de sujeto social de la que es portador. Entre las cosas que parecen estar de moda, se encuentra la concepción según la cual no existe la determinación y no hay necesidad de transformación. Tal afirmación se sintetiza en el planteamiento postmoderno.

Lo primero que debemos tener en claro es qué significa determinación. Toda existencia actual lleva en sí una potencia a realizar, que dicha existencia actual realiza, transformándose en un nueva existencia actual, la cual, a su vez, lleva en sí su propia potencialidad a realizar. La organización de nuestra acción mediante la reproducción en el pensamiento del concreto real sobre el que vamos a actuar, consiste en acompañar idealmente ese movimiento hasta poder reconocer a esa acción nuestra misma como la forma concreta necesaria de realizarse la potencialidad del objeto, dirigiéndola en la dirección que nos proponemos como sujetos. Ahora bien, potencialidad a realizar o realizada, y necesidad a realizar o realizada, son sinónimos. Y una existencia actual puede portar su necesidad a realizar bajo la forma de una necesidad simple, por lo tanto, de realización inmediata, o bajo la forma de la posibilidad, o por así decir, de la necesidad a realizar que al mismo tiempo es la negación de la necesidad a realizar. La posibilidad, incluso mediada en su realización por la posibilidad misma, es la forma general que tiene la determinación. Lo que la acción humana hace es darle cuerpo a esa posibilidad.

Entonces, la pregunta que uno tiene es respecto de por qué actualmente aparece una multiplicidad de sujetos transformadores, que se reivindican ajenos a toda identidad de clase, y más concretamente, que rechazan reconocerse como expresiones específicas de la clase obrera, como sujeto determinado genéricamente en su condición de portador de la necesidad de la superación del modo de producción capitalista. La respuesta parte de ver el curso que ha seguido la acumulación de capital en la unidad mundial de su movimiento y de sus formas nacionales, en lo que se puede definir como dos grandes etapas del desarrollo capitalista desde el siglo XIX al presente.

Caracterizo la primera etapa por el desarrollo de los procesos nacionales de acumulación de capital que llamo “clásicos”, que concentran dentro de su territorio la producción industrial de la generalidad de las mercancías que consumen. El caso por excelencia inicial es el de Inglaterra, y luego el de los Estados Unidos. En esta etapa, la base del crecimiento de la productividad del trabajo está en la constitución de un obrero relativamente universal en cuanto a sus atributos productivos, esto es, relativamente indiferenciados entre un obrero y otro. Y esta condición se extendió a los espacios nacionales donde se presentó un cierto grado de desarrollo industrial. Por ejemplo, en Argentina y, sujeta a su historia concreta, en México.

Frente a la necesidad de producir una fuerza de trabajo relativamente indiferenciada, como representante político del capital total de la sociedad de cada ámbito nacional, cada Estado nacional toma en sus manos la producción masiva de esos atributos productivos: es el período de desarrollo de la educación pública, la salud pública, los servicios públicos, etc. En consecuencia, los obreros acceden a estas condiciones de producción de su fuerza de trabajo, no en su condición inmediata de vendedores de ella, sino en su condición de ciudadanos.

En concordancia con esto, la etapa se caracteriza por el desarrollo de procesos de centralización del capital como propiedad del Estado, dentro de cada ámbito nacional. En algunos casos, como en la Unión Soviética, se trató de un proceso de centralización absoluta del capital como propiedad de la clase obrera. Y, remarco, se trata de esta centralización y no de la superación del modo de producción capitalista. Hay, también, centralizaciones parciales del capital como propiedad del Estado. En México, por ejemplo, entiendo que la producción petrolera tenía esa estructura.

Las dos necesidades del capital que caracterizan la etapa tienen a la acción política y sindical de la clase obrera del ámbito nacional como forma necesaria de realizarse. Por ejemplo, el capital necesita una fuerza de trabajo con más instrucción, y esta necesidad toma forma en el poder de la acción política y sindical de la clase obrera del ámbito nacional. El capital de estos ámbitos nacionales necesita centralizarse como propiedad del Estado para poder expresar su potencia, y no son los partidos de la clase capitalista los que lo hacen, porque esa centralización implica una abolición parcial o total de la propiedad privada dentro del país. Por el contrario, lo hacen los partidos políticos de la clase obrera.

Entonces, se trata de una etapa caracterizada por la formación de sindicatos y partidos políticos de la clase obrera de masas. El avance de la clase obrera como sujeto de la transformación de las condiciones sociales implica avanzar hacia un proceso que encierra abolición de propiedad privada, que encierra la capacidad para tomar en las propias manos la relación social enajenada. Sin embargo, se vacía de ese contenido a la acción de la clase obrera en la etapa cuando se cae en la apariencia ideológica de que estaba por superar o incluso ya había superado al modo de producción capitalista, o en la apariencia ideológica del “Estado de bienestar”. Este último no es más que un eufemismo de los más miserables, pues en el modo de producción capitalista para la clase obrera no existe el bienestar sino la explotación, y el Estado es el explotador de la clase obrera como representante político del capital total de la sociedad.

Esta etapa se extiende hasta el tercer cuarto del siglo XX, momento en el cual el desarrollo de la productividad del trabajo sobre la doble base expuesta alcanza su punto culminante y, por lo tanto, ha generado por sí misma las condiciones de su superación. Primero, el proceso de desarrollo del sistema de la maquinaria basado en el obrero relativamente indiferenciado sigue teniendo en su mismo eje dos formas de trabajo manual: la calibración de la maquinaria y el montaje de la maquinaria. Pero, al mismo tiempo, el desarrollo tecnológico basado en el obrero indiferenciado ha alcanzado el punto en que está en condiciones de convertir ambos trabajos en atributo de la maquinaria mediante la computarización de su calibrado y la robotización del proceso de montaje. En segundo lugar, la centralización del capital por los Estados choca con el alcance nacional de los procesos de acumulación en cuestión.

A partir del último cuarto del siglo XX, junto con el desplazamiento del trabajo manual de calibración y montaje por la aplicación de la máquina computarizada y la línea

de montaje robotizada, al capital ya no le sirve el obrero indiferenciado. Ahora necesita obreros fuertemente diferenciados. Necesita, por un lado, obreros con cada vez más atributos productivos basados sobre el desarrollo de su conciencia científica aunque, por supuesto, como siempre enajenada y fetichista, capaces de realizar un trabajo cada vez más complejo. Por el otro, obreros con atributos productivos cada vez más limitados para realizar el trabajo simplificado por el propio desarrollo de la maquinaria computarizada y la robotización.

Esta transformación choca con la forma nacional anterior del capitalismo. Como ya vimos en esa etapa se accedía a las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, no simplemente como vendedor de ella, sino también como ciudadano, esto es, en la condición de individuo universal dentro del espacio nacional. La diferenciación se impone, entonces, mediada por el desarrollo de una nueva modalidad de división internacional del trabajo. En la etapa anterior, en paralelo a la producción de obreros relativamente indiferenciados en unos ámbitos nacionales, el desarrollo de la productividad del trabajo sobre esa misma base había generado otros ámbitos nacionales caracterizados por la presencia de una enorme masa de superpoblación obrera relativa, constituida básicamente por población campesina y población trabajadora rural que se había convertido en sobrante para el capital. En la nueva división internacional del trabajo, el capital la va a tomar como una fuerza de trabajo con atributos limitados, extremadamente abaratada, y la va a poner a funcionar para realizar el trabajo simple.

A su vez, ahora los antiguos países clásicos tienden a especializarse en el trabajo más complejo. Y cuando requieren fuerza de trabajo para realizar localmente trabajo extremadamente simple, la obtienen vía la inmigración legal e ilegal, vía la integración política gradual de países con superpoblación obrera en el caso europeo, y la simple integración comercial con países vecinos en el caso de Estados Unidos. Así, en este caso, de un lado de la frontera van a estar los obreros que hacen el trabajo más complejo, y del otro lado, los obreros que hacen el trabajo absolutamente simplificado.

Toda tendencia a la universalidad de la producción de la fuerza de trabajo característica de la etapa anterior se invierte, aun dentro de cada espacio nacional, en la producción de individuos fuertemente diferenciados: para los obreros que hacen el trabajo complejo, más capacitación, más acceso a valores de uso, sobre la base de sus salarios individuales. Por su parte, para los obreros encargados de hacer el trabajo simplificado, nada; ni educación, ni salud. Y ni hablar para las masas de la población obrera sobrante

que se va consolidando en el pauperismo. Respecto de esta última porción de la clase obrera, siempre considero necesario remarcar que, al arrancarle el ejercicio de su capacidad para trabajar y luego esta capacidad misma, o sea, el ejercicio del atributo y luego el atributo mismo genéricamente propio del ser humano, el capital le va arrancando su humanidad, reduciéndola a la condición del animal.

La organización capitalista de la nueva base técnica borra la base material que le permitía a la clase obrera reconocerse, con todas las salvedades que esto tenía, y aunque más no fuera al interior de cada espacio nacional, como un sujeto social determinado. Así, lo que era la base para la solidaridad que constituye a la clase obrera se resquebraja por todos lados. No más obrero relativamente indiferenciado por sus atributos productivos, no más salud pública, no más educación pública.

Al mismo tiempo, con la potencia que le da su nueva base técnica y la consiguiente división internacional del trabajo, el proceso de centralización del capital pasa por encima de toda frontera nacional. Ahora hay Estados Nacionales que, desde el punto de vista nacional descentralizan sus capitales, y que desde el punto de vista de la unidad mundial pueden estar participando de un proceso de centralización de escala internacional.

La fuerza política de la clase obrera pierde así su dos bases objetivas. Se disuelven los partidos políticos de masas de la clase obrera y, cuando circunstancialmente sus restos asumen la gestión del Estado, muestran de inmediato su impotencia para avanzar en un curso distinto. También tiende a caer el nivel de sindicalización en medio del deterioro de las condiciones de trabajo. Ahora el "neoliberalismo" es la expresión política del movimiento de la nueva doble base sobre la que se desarrolla la acumulación de capital en su unidad mundial y bajo sus formas nacionales. La expresión más desarrollada de la doble base anterior, la URSS, se disuelve y sus restos emergen como expresiones crudas de la nueva doble base.

Con la creciente desaparición de las capacidades universales y las necesidades universales aparece el discurso de que no existe más la clase obrera. En vez de poder mirar y decir qué es lo que le pasa a la clase obrera en su interior, se desarrolla la fragmentación de la clase. El obrero que hace el trabajo más complejo mira al obrero que hace el trabajo más simple y dice: "éste no es igual a mí". El obrero que hace el trabajo más simple mira al que hace el trabajo más complejo y dice: "éste no es igual a mí". Ambos miran al obrero convertido en sobrante por el propio capital y dicen: "éste no es

igual a mí"; y el que está de un lado de la frontera mira al que está del otro, y da la misma respuesta. Aparece una brutal fragmentación de lo que era la base de reconocimiento de la clase obrera como tal.

La acción consciente requiere partir de reconocer la identidad como clase obrera, para después avanzar reconociendo identidades diferenciadas. Pero, la pequeña identidad empieza por negar a la identidad general. Entonces, por ejemplo, incluso con intención crítica, se enuncia la necesidad de la unidad entre estudiantes, mujeres y obreros, como si estudiantes y mujeres no integraran a la clase obrera misma, cuando los primeros lo que están haciendo es producir su fuerza de trabajo como única mercancía que van a tener para vender, si no la están vendiendo ya, mientras las mujeres son estudiantes, vendedoras de fuerza de trabajo y productoras de la futura fuerza de trabajo asalariado. Es decir, en vez de reconocer las diferencias específicas al interior genérico de la clase obrera, se parte de ver esas diferencias específicas como si fueran constitutivas de sujetos sociales independientes entre sí. De igual modo, más allá de toda determinación específica, los campesinos desplazados de la tierra, a los que no les queda más posibilidad de subsistencia que la venta de su fuerza de trabajo, y que ni siquiera encuentra comprador para ella, son miembros de la clase obrera en situación de sobrantes para el capital.

Se le niega la condición de sujeto histórico a la clase obrera, desconociéndose que porta en sí esta condición porque, por sobre su unidad que aparece circunstancialmente fragmentada, sigue siendo el sujeto enajenado productor de las transformaciones en la materialidad del trabajo y, por lo tanto, en el desarrollo de las fuerzas productivas bajo las formas ciertamente contradictorias del modo de producción capitalista. Se afirma la inutilidad de los partidos de masas de la clase obrera por burocráticos y mecanicistas. Y se apela a las pequeñas identidades, que en vez de reconocer su voluntad como forma concreta de su ser social, parten de atribuirse una abstracta voluntad que determina su ser social como sujetos transformadores.

Bien podríamos decir, entonces, que el primer problema de la organización política de la clase obrera es que no tiene una organización política que parta de reconocer la determinación históricamente específica de su necesidad. Y este reconocimiento parte del reconocimiento de que la afirmación de la clase obrera como sujeto político libre es la forma en que se desarrolla su enajenación como atributo del capital como forma histórica de relación social que lleva las fuerzas productivas del trabajo hasta la superación de esa enajenación misma. Porque el capital no es el abstracto opuesto a la

clase obrera. El capital es la relación social objetivada, producto del trabajo de la clase obrera, que se enfrenta a ésta como una potencia que le es ajena y la domina.

Y esta dominación llega al punto de que, la expresión más plena de la enajenación, es lo que se hace la clase obrera a sí misma cuando convierte una parte de sí en algo que sobra para el proceso mismo de la vida humana, al transformar, en nombre del capital, a una parte de su propio cuerpo en población obrera sobrante. Y es la clase obrera la que actúa así como atributo del capital porque, a esta altura del desarrollo histórico, ella no es simplemente la que produce el capital con su trabajo, sino que son sus propios miembros los que dan conciencia y voluntad a la organización, a la gestión, de esa producción.

Hoy día, la cuestión de la organización política de la clase obrera como sujeto histórico está en el establecimiento de la relación de solidaridad que la constituye, frente a su fragmentación en obreros con atributos productivos desarrollados, obreros con degradación absoluta de sus atributos productivos y obreros a los cuales el capital empieza por arrancarles el ejercicio de su capacidad para trabajar y luego esta capacidad misma, condenándolos a la condición de sobrantes. Cuestión agudizada por la existencia de las fronteras nacionales y por la competencia que hay para la venta en la fuerza de trabajo entre los obreros de los distintos ámbitos nacionales. Desde mi punto de vista, el primer paso ineludible para enfrentar esta doble fragmentación superando la multiplicidad de sus apariencias, reside en la producción de una conciencia obrera que avance en su libertad política al reconocerse en sus determinaciones concretas como una subjetividad enajenada en el capital. Siempre remarco que “El capital” de Marx, es la objetivación original de este reconocimiento y de las potencias históricas específicas que determinan a la clase obrera como el sujeto revolucionario superador del modo de producción capitalista. Con lo que volvemos a la cuestión del conocimiento original desde el punto de vista social y su relación con nuestro proceso de conocimiento individual.

Por todo esto, encuentro que el auge de los planteamientos transformadores que se encierran en la reivindicación de la pequeña identidad, así como los que se conciben como expresión de una libre voluntad abstraída de determinación como forma concreta del proceso de acumulación de capital, son manifestaciones de la debilidad política actual de la clase obrera.

Agrego ahora una determinación que hace ya a una circunstancia singular respecto del modo en que ustedes y yo nos enfrentamos a esta cuestión de la identidad del sujeto

potencialmente capaz de superar el modo de producción capitalista. Yo pertenezco a una generación que tiene respecto de la de ustedes la “ventaja”, por así decir, de haberse formado y comenzado su vida adulta en la fase culminante de la etapa anterior. Ciertamente, cuando en esa época uno miraba en torno veía siempre al proceso de vida social recortado por los ámbitos nacionales, siempre con brutales diferenciaciones, siempre con una masa de población obrera sobrante, siempre aniquilaciones masivas de población obrera, guerras mundiales, etc. Pero, por sobre estas fragmentaciones específicas, la misma forma concreta que tomaba el desarrollo de las fuerzas productivas permitía vislumbrar lo que Marx sintetiza en los “Grundrisse” como el papel histórico del modo de producción capitalista a través de su relación social objetivada: producir individuos con capacidades universales y necesidades universales. En cambio, ustedes son el producto pleno de esta etapa del capitalismo donde las formas concretas van visiblemente en contra de lo que es la determinación histórica general del modo de producción capitalista. Ustedes están desarrollando sus propios atributos productivos como miembros de la clase obrera, ya en un mundo que tiene las diferenciaciones en esos atributos como punto de partida, los cuales además se van agudizando. Lo cual levanta la apariencia adicional de que el modo de producción capitalista carece de toda necesidad histórica en la dirección hacia la universalidad de la clase obrera y, por lo tanto, a la constitución de ésta como el sujeto revolucionario universal.

Para mí es fundamental reconocer la identidad histórica genérica y sólo sobre esta base uno se puede contestar superando las apariencias, y por supuesto si no da este nuevo paso de nada le sirve haber reconocido esa identidad genérica para regir la propia acción, lo siguiente: ¿si ésta es mi identidad genérica, qué determinaciones específicas tengo? Es claro que tengo un cúmulo de determinaciones específicas, pero éstas son formas de mi determinación general. No es que mi determinación general desapareció, sino que la realizo bajo ese cúmulo de formas concretas.

IF: Para finalizar, concentrándonos geográficamente en América Latina, donde hoy se discuten propuestas concretas de organización política social y económica para hacer frente a la relación capitalista, ¿una visión que se funde en el trabajo de Marx podría sernos de utilidad para entender las diferentes formas de organización que coexisten en esta región, tales como el buen vivir y los movimientos campesinos e indígenas que luchan por la defensa de su territorio?

Jl: Nuevamente, tenemos que retomar las determinaciones generales y después avanzar sobre las formas concretas y específicas. Lo que desarrolló Marx son las determinaciones generales del modo de producción capitalista. América Latina es una forma concreta del modo de producción capitalista, por lo tanto, es portadora de todas esas determinaciones generales. Después, lo que uno tiene que contestarse es: ¿por qué esas determinaciones generales toman formas específicas en América Latina? ¿Por qué además toman formas específicas distintas en los diversos espacios nacionales dentro de América Latina?

Tomo como ejemplo una investigación que realizamos con Valeria Iñigo Carrera, antropóloga investigadora del CONICET, acerca del desplazamiento de los pueblos originarios del Chaco argentino de la producción rural y su consolidación en una situación de pauperismo creciente, tomando como expresión concreta de este proceso dos comunidades indígenas rurales. Comenzamos reproduciendo el despliegue de las determinaciones materiales del trabajo y de los atributos productivos del trabajador como condición genérica de la vida humana, para avanzar luego con el despliegue de la inversión de la subjetividad productiva humana, y su forma concreta de subjetividad política, como atributo de la relación social general del modo de producción capitalista, o sea, como atributo del capital. Llegamos así a presentar el desarrollo de esa inversión hasta reconocerla respecto de la generación de una superpoblación obrera relativa, sobrante para las necesidades del capital. Hasta aquí, el reconocimiento crítico del desarrollo realizado originalmente por Marx se encuentra en el eje mismo del estudio. A partir de este punto, avanzamos desplegando las formas concretas con que se realizan, bajo la especificidad del proceso nacional argentino de acumulación de capital, las determinaciones reconocidas anteriormente como propias de la unidad general del modo de producción capitalista.

Continuamos avanzando en el desarrollo de lo que Marx sintetiza como “la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento” desplegando el movimiento con que la relación social general del modo de producción capitalista, ya bajo su especificidad nacional argentina, ha tomado forma a través de la condición histórica concreta de tratarse de una población originaria. Este movimiento parte de la expropiación a las comunidades originarias de cazadores-recolectores del Chaco de su principal medio de producción, o sea de la tierra, encerrándolas violentamente en reducciones para, con la mediación de la misma violencia y de la evangelización, convertirlas en fuerza de trabajo barata para los capitales algodoneros y azucareros que se asientan sobre su antiguo

territorio; el paso siguiente consiste en su transformación en población sobrante latente como fuente de fuerza de trabajo migrante igualmente barata para el capital de los centros urbanos; por último, el capital la va expropiando de su condición de sujeto productivo hasta reducirla al pauperismo, para avanzar nuevamente sobre las tierras en donde se encuentran asentadas sus comunidades rurales, las que ahora le resultan aptas para la producción sojera. Reconocemos así cómo, en poco más de un siglo, se despliega en su integridad la que Marx sintetiza como la “ley general de la acumulación capitalista” bajo la especificidad de operar en un espacio nacional como el argentino sobre una población originaria.

Los campesinos desplazados de la tierra no son desplazados de la tierra porque son abstractamente campesinos; son desplazados de la tierra porque el desarrollo de la productividad del trabajo regido por el movimiento del capital los convierte en población sobrante para el proceso mismo de producción de la vida humana, lo cual quiere decir la aniquilación de la vida humana de estas personas. Esto es el modo de producción capitalista; el capitalismo es la barbarie. Todo lo que la clase obrera avanza en la superación del modo de producción capitalista desarrollando las fuerzas productivas del trabajo, lo hace a expensas de sí misma. Esto es la enajenación de la subjetividad humana en la relación social actual, en el capital, descubierta por Marx.

No se puede partir de abstraer la condición inmediata de indígena o de comunidad campesina para explicar qué potencias se encierran respecto de la superación del modo de producción capitalista. La cuestión es al revés: es necesario partir de la relación social general que hoy rige la unidad mundial del proceso humano de metabolismo social, avanzando luego hasta contestarse sobre la razón por la cual esa relación social general toma una forma específica que se presenta como opuesta a ella, y hasta aparentemente como independiente de ella, para contestarse acerca de las potencias transformadoras de las que esa forma social específica es portadora.

Un ideólogo como John Holloway cree que la cuestión es cambiar el mundo sin tomar el poder, aunque concluye que no tiene idea de cómo hacerlo. Entonces proclama que es mejor no saberlo y que de lo que se trata es de desatar el carnaval de los oprimidos. La experiencia argentina y en otros países latinoamericanos nos ha enseñado a los de mi generación en carne propia que la superación del modo de producción capitalista no tiene nada de carnaval, y que los cantos a la acción que se niega a conocer sus determinaciones y se vanagloria de su irracionalidad, no logran más que dejar indefensos a sus partidarios.

En síntesis, Marx es imprescindible para contestarse respecto del carácter y las potencias históricas de las propuestas de organización en torno al Buen Vivir y de los movimientos campesinos e indígenas que luchan por la defensa de su territorio.

IF: Agradecemos tu tiempo.

JJ: Al contrario, yo les agradezco por este espacio que abrieron a mi acción política en el proceso en que ustedes están luchando por el desarrollo de su conciencia científica como miembros de la clase obrera.